hiStoria Social

De la historia social a la historia de la sociedad
Author(s): E. J. Hobsbawm and M. Ferrandis Garrayo
Source: *Historia Social*, No. 10, Dos Décadas de Historia Social (Spring - Summer, 1991), pp. 5-25
Published by: Fundacion Instituto de Historia Social
Stable URL: http://www.jstor.org/stable/40340272
Accessed: 23-09-2015 00:24 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Fundacion Instituto de Historia Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Historia Social*.

http://www.jstor.org

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

DE LA HISTORIA SOCIAL A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD

E. J. Hobsbawm

El propósito de este trabajo es estudiar y analizar; no pretende exponer un credo personal ni expresar, salvo en los casos en que así se declara, las preferencias del autor o sus juicios de valor. Digo esto al comienzo con el fin de distinguir este escrito de otros que no son sino alegatos en favor del tipo de historia practicado por sus autores –algo que la historia social no necesita por el momento– y, también, para evitar interpretaciones erróneas muy frecuentes en discusiones que están cargadas de contenido ideológico. Toda discusión sobre historia social lo está.

La primera causa de error es la proclividad del lector a identificar a los autores con las ideas sobre las que escriben, a no ser que éstos rechacen tal identificación con una claridad meridiana e incluso, a veces, a pesar de hacerlo. La segunda es una tendencia a confundir las motivaciones ideológicas o políticas de la investigación, o su utilización, con el valor científico que ésta posee. Cuando la intención ideológica o el prejuicio da lugar a la trivialidad o el desacierto, como suele suceder en las ciencias humanas, condenamos por fortuna la motivación, el método y el resultado. Sin embargo, la vida sería muchísimo más simple si el progreso de nuestro saber histórico dependiera exclusivamente de aquellos con quienes coincidimos o simpatizamos en todas las cuestiones, públicas y privadas. Hoy en día, está de moda la historia social, pero ninguno de los que a ella se dedican querría verse ideológicamente alineado con todos los que aparecen bajo el mismo epígrafe. No obstante, más importante que definir las propias actitudes es descubrir en qué estado se encuentra actualmente la historia social tras dos décadas de desarrollo poco sistemático, si bien copioso, y cuál podría ser su horizonte.

I

El término de historia social siempre ha sido difícil de definir y, hasta hace poco, no ha habido una gran presión para hacerlo, ya que no han existido los intereses creados, institucionales y profesionales, que normalmente insisten en la creación de demarcaciones precisas. Hasta que la actualidad ha puesto en boga esta disciplina, o al menos el nombre, en el pasado se utilizaba éste en tres sentidos a veces solapados. Primero, se relacionaba con la historia de los pobres o de las clases bajas, y, más concretamente, con la historia de los movimientos de pobres ("movimientos sociales"). Incluso podía tener un carácter más especializado y referirse, esencialmente, a la historia del trabajo y de las ideas y organizaciones socialistas. Por razones obvias, el vínculo entre historia social e historia de la protesta social o de los movimientos socialistas ha continuado siendo muy fuerte. Algunos historiadores se han sentido

Publicado originariamente en *Daedalus*, 100 (1971), y reeditado en *Essays in Social History*, Oxford University Press, 1974.

Historia Social, n.º 10, primavera-verano 1991, pp. 5-25.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

atraídos hacia esta materia precisamente por ser radicales o socialistas y estar interesados, como tales, en temas que tenían para ellos una gran carga sentimental.[1]

En segundo lugar, se usaba con relación a obras sobre diversas actividades humanas difíciles de clasificar, salvo cuando se recurría a expresiones como "modales, costumbres y vida cotidiana". Era ésta, quizá por razones lingüísticas, una utilización muy extendida en el mundo anglosajón, puesto que la lengua inglesa carece de términos adecuados para lo que los alemanes, en escritos sobre temas parecidos –también bastante superficiales y periodísticos en su mayoría–, han denominado *Kultur-* o *Sittengeschichte.* Este tipo de historia social no estuvo particularmente orientado hacia las clases bajas sino todo lo contrario, aunque aquellos que la practicaban desde posiciones políticamente más radicales solían prestarles atención. Dicha utilización estableció la base tácita de lo que puede designarse por visión residual de la historia social, que el desaparecido G. M. Trevelyan, en su *English Social History* (Londres, 1944), propuso como una "historia que deja de lado la política". Huelga cualquier tipo de comentario al respecto.

El tercer significado era, sin duda, el más común, y tiene, para nuestros propósitos, un valor más relevante: "social" e "historia económica" formaban una combinación. La verdad es que, fuera del mundo anglosajón, el título de la típica revista especializada en este campo, anterior a la segunda guerra mundial, siempre, según creo, citaba estas dos palabras juntas, así sucede en la *Vierteljahrschrift fuer Sozial u. Wirtschaftsgeschichte,* la *Revue d'Histoire E. & S.,* o los *Annales d'Histoire E. & S.* Debe admitirse que la mitad económica de este dúo tenía una abrumadora preponderancia. Apenas existían historias sociales de un calibre tal que pudieran parangonarse con los numerosos volúmenes dedicados a la historia económica de países, períodos y temas diversos. En realidad, no había muchas historias económicas y sociales. Con anterioridad a 1939, a uno sólo se le ocurren unos cuantos trabajos de este tipo, aunque hay que reconocer que sus autores son, en algunas ocasiones, impresionantes (Pirenne, Mikhail Rostovtzeff, J. W. Thompson, Dopsch tal vez); por lo que se refiere a la literatura monográfica o periódica, ésta era incluso más escasa. No obstante, la frecuente unión de lo económico y lo social, sea en las definiciones del campo histórico en general o bajo el distintivo más concreto de historia económica, es significativa.

Todo ello revelaba el deseo de una aproximación a la historia sistemáticamente diferente del clásico enfoque rankeano. Lo que les interesaba a los historiadores de este tipo era la evolución de la economía, y ésta, a su vez, tenía intereses porque arrojaba luz sobre la estructura y los cambios de la sociedad, en particular, sobre las relaciones entre clases y grupos sociales, como admitió George Unwin.[2] Dicha dimensión social es evidente incluso en las obras de los historiadores más rigurosos o cautamente económicos, en tanto en cuanto se declaraban historiadores. Hasta J. H. Clapham argumentaba que, entre todas las variedades de historia, la económica era la más fundamental, pues constituía la base de la sociedad.[3] Podríamos decir que el predominio de lo económico sobre lo social se debía a dos razones. En parte, era consecuencia de una perspectiva de la teoría económica que se negaba a aislar lo económico de lo social, de lo institucional o de otros elementos, tal es el caso de los marxistas y la escuela histórica alemana, y, en parte, era el resultado de la absoluta superioridad de

[1] Véanse las observaciones de A. J. C. Rueter en el *IX Congrés international des sciencies historiques,* París, 1950, i, pág. 398.

[2] R. H. Tawney, *Studies in Economic History,* Londres, 1927, págs., XXIII, 33-34, 39.

[3] J. H. Clapham, *A Concise Economic History of Britain,* Cambridge, 1949, intrd.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

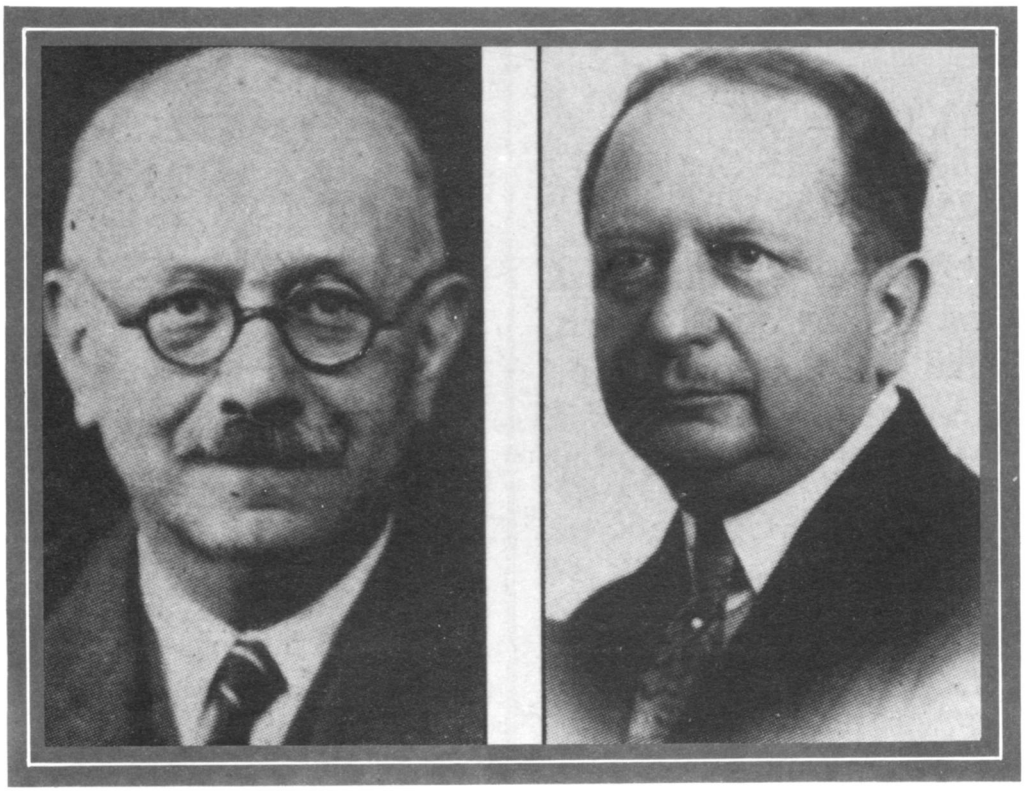
la economía sobre las otras ciencias sociales. Si la historia tenía que integrarse en las ciencias sociales, la economía era con la que primero debía avenirse. Se podría ir más lejos y discutir (con Marx) que, a pesar de la cualidad esencialmente inseparable de lo económico y lo social en la sociedad humana, la base analítica de cualquier investigación histórica sobre la evolución de las sociedades debe ser el proceso de producción social.

Ninguna de las tres versiones dio lugar a un campo académico específico de la historia social hasta los años cincuenta, aunque en cierto momento la famosa publicación *Annales* de Lucien Febvre y Marc Block omitiera la mitad económica de su subtítulo y se proclamara íntegramente social. Ésta fue, sin embargo, una desviación temporal, del período de guerra, y tanto el título, por el que ya hace un cuarto de siglo que se conoce esta gran revista –*Annales: économies, sociétés, civilisations*– como la naturaleza de su contenido reflejan los objetivos originales, esencialmente globales y comprehensivos, de sus fundadores. Hasta 1950, no hubo un desarrollo serio de la propia disciplina, ni se planteó una discusión rigurosa de los problemas con que ésta se enfrentaba. Las publicaciones especializadas, hoy aún escasas, no se fundaron hasta finales de esa década; quizás haya que considerar *Comparative Studies in Society and History* (1958) la primera. Por tanto, como especialización académica, la historia social es bastante reciente.

¿Cómo se explica el rápido desarrollo y la creciente emancipación de la historia social en los últimos veinte años? La respuesta a esta pregunta podría hallarse en los cambios técnicos e institucionales operados dentro de las disciplinas académicas de la ciencia social: la intencionada especialización de la historia económica para acoplarse a las necesidades de la galopante evolución de la teoría y el análisis económico, de lo cual la "nueva historia económica" es un buen ejemplo; el tremendo progreso a nivel mundial de la sociología como disciplina académica y como moda, el cual exigía, por su parte, la ayuda de otras especialidades complementarias dentro de la historia, análogas a las requeridas por los departamentos de economía. No podemos negar estos factores. Muchos historiadores (entre ellos los marxistas) que anteriormente se habían autocalificado de económicos, porque la historia general ortodoxa obviamente no impulsaba, o ni siquiera tenía en consideración, los temas que les interesaban, se sintieron excluidos de una historia económica que se estrechaba por momentos, y aceptaron o dieron la bienvenida al tratamiento de "historiadores sociales", sobre todo si no eran duchos en matemáticas. Es poco probable que, en el ambiente de los años cincuenta y principios de los sesenta, alguien como R. H. Tawney hubiera tenido buena acogida entre los historiadores económicos de haber sido un joven investigador en lugar del presidente de la Sociedad de Historia Económica. No obstante, este tipo de redefiniciones académicas y movimientos profesionales, si bien no hay que olvidarlos, apenas sirven para explicar nada.

Mucho más significativo fue el carácter histórico que, en general, adoptaron las ciencias sociales durante este período, y que, mirando hacia atrás, puede parecer la innovación más importante realizada en ellas durante esta época. No es necesario, para el fin que aquí me propongo, comentar este cambio, pero resulta inevitable destacar la tremenda importancia de las revoluciones y luchas por la emancipación política y económica de los países coloniales y semicoloniales, que atrajeron la atención de los gobiernos, de las organizaciones internacionales y de investigación, y, consecuentemente, también la de los científicos sociales hacia lo que son, en su esencia, problemas de

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions



Marc Bloch y Lucien Febvre

transformaciones históricas.[4] Se trataba de temas que se habían encontrado hasta el momento fuera o, por lo menos, en los márgenes de la ortodoxia académica de las ciencias sociales, y que habían sido ignorados de modo creciente por los historiadores.

Y así, cuestiones y conceptos que por su naturaleza son históricos (conceptos que, como ocurre con "modernización" o "crecimiento económico", son a veces excesivamente burdos) han prendido no sólo en las disciplinas que hasta ahora se habían mostrado más inmunes a la historia, sino en aquellas que, como en el caso de la antropología social de Radcliffe-Brown, le habían manifestado una abierta hostilidad. Esta progresiva infiltración de la historia se hace quizá más patente en la ciencia económica, donde un campo inicial de economía del crecimiento cuyos postulados

[4] Dos citas extraídas del mismo documento (Economic and Social Studies Conference Board, *Social Aspects of Economic Development,* Estambul, 1964) pueden arrojar luz sobre las motivaciones divergentes que encierra esta nueva pre-ocupación. Según el presidente turco de la comisión: "El desarrollo económico o el progreso de las zonas con retraso económico es el problema más importante al que se enfrenta hoy el mundo... Los países pobres han convertido esta cuestión en un gran ideal. Para ellos, el crecimiento económico va unido a la independencia política y a un sentido de la soberanía". Según Daniel Lerner: "Dejamos atrás una década de experiencia global del cambio social y el desarrollo económico. Una década que ha pugnado, en todas partes del mundo, por promover el desarrollo económico sin crear un caos cultural, por acelerar el progreso económico sin subvertir la estabilidad política", págs. xxiii, 1.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

eran, aunque mucho más sofisticados, como los de un libro de cocina ("prepárense las siguientes cantidades de ingredientes *X*, mézclense y cocínense, y se obtendrá el despegue hacia un crecimiento autosostenido"), ha dejado tras sí la percepción cada vez mayor de que ciertos factores fuera de la economía también determinan el desarrollo económico. En resumen, ahora es imposible, a menos que se quiera caer en la trivialidad, realizar muchas de las actividades del científico social sin enfrentarse con la estructura social y sus transformaciones: sin la historia de las sociedades. Es una paradoja curiosa que los economistas estuviesen comenzando a buscar a tientas algún modo de comprender los factores sociales (o al menos los no estrictamente económicos), justo cuando los historiadores económicos, absorbiendo los modelos que aquellos habían utilizado quince años antes, preferían dar la imagen de duros a la de blandos, olvidándose de todo lo que no fueran ecuaciones y estadísticas.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta ojeada a la evolución histórica de la historia social? Aunque explica por qué ciertos temas de investigación más o menos heterogéneos llegaron a agruparse de manera vaga bajo este título general, y cómo los procesos seguidos por las otras ciencias sociales prepararon el terreno para el establecimiento de una teoría académica con sus declaraciones concretas, apenas sirve como guía de la naturaleza y las tareas de la disciplina que nos ocupa. Como mucho, puede ofrecernos algunas pistas, una de las cuales, al menos, vale la pena mencionar a continuación.

Un examen a la historia social del pasado parece indicar que los que mejor la han practicado, se han sentido siempre incómodos con el propio término. Estos investigadores o bien han preferido, al igual que los grandes representantes franceses a quienes tanto debemos, describirse a sí mismos, sencillamente, como historiadores cuya meta era una historia "total" o "global", o bien como hombres que pretendían integrar las contribuciones de todas las ciencias sociales importantes antes que servir de ejemplo ilustrativo de cualquiera de ellas. Marc Bloch, Fernand Braudel, Georges Lefebvre no son nombres que se puedan incluir en la clasificación de historiadores sociales, a no ser por el hecho de que aceptaron la afirmación de Fustel de Coulanges: "Historia no es la acumulación de toda suerte de sucesos ocurridos en el pasado. Es la ciencia de las sociedades humanas".

La historia social no puede ser nunca una especialización equivalente a la económica o a cualquier otra historia con adjetivo, porque es imposible aislar la materia de que se ocupa. Podemos calificar de "económicas" ciertas actividades humanas, al menos con propósitos analíticos, y, después, estudiarlas desde el punto de vista histórico. Esto posiblemente resulte artificial o poco realista (excepto cuando se trata de objetivos definibles), pero no es impracticable. Y casi del mismo modo es factible, aunque a un nivel teórico inferior, la vieja forma de historia intelectual que aislaba las ideas escritas de su contexto humano y rastreaba su filiación de un escritor a otro –si eso es lo que uno desea hacer–. Pero los aspectos sociales o societarios de la existencia del hombre no se pueden separar de los demás aspectos de su existencia, bajo pena de caer en la tautología o la excesiva trivialización. No se pueden separar, salvo momentáneamente, de las formas en que los hombres organizan sus vidas y su entorno material. No se pueden separar, siquiera por un momento, de sus ideas, puesto que las relaciones entre las personas se expresan y formulan en un lenguaje que, en cuanto abren la boca, implica conceptos. Cabe la posibilidad de que el historiador intelectual (bajo su propio riesgo) no preste atención a la economía, o de que el historiador económico no tenga en cuenta a Shakespeare, pero el historiador social que se olvide de cualquiera de ellos no llegará lejos. A la inversa, mientras que es absolutamente improbable que una monografía sobre poesía provenzal acabe siendo

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

historia económica, o que un estudio sobre la inflación en el siglo XVI se transforme en historia intelectual, ambos pueden ser tratados de manera que se conviertan en historia social.

II

Regresemos del pasado al presente para considerar los problemas que plantea escribir la historia de la sociedad. La primera cuestión es cuánto pueden obtener los historiadores societarios de las otras ciencias sociales, o, por supuesto, hasta qué punto la materia que les ocupa está, o debería estar, constituida meramente por la ciencia de la sociedad en tanto que aborda el pasado. Es una pregunta natural, para la cual la experiencia de las dos últimas décadas sugiere dos respuestas diferentes. Está claro que la historia social ha sido en gran medida conformada y estimulada no sólo por la estructura profesional de otras ciencias sociales (por ejemplo, por las exigencias de cursos específicos para estudiantes universitarios) y por sus métodos y técnicas, sino también por sus interrogantes. No creo que sea exagerado decir que el reciente florecimiento de los estudios sobre la revolución industrial en Gran Bretaña, tema que en su momento sufrió el enorme rechazo de los propios expertos porque se dudaba de la validez del concepto mismo de revolución industrial, se debe fundamentalmente al afán de los economistas (que sin duda reproducían el de los gobiernos y planificadores) por descubrir cómo suceden las revoluciones industriales, qué las provoca, y qué consecuencias sociopolíticas tiene. Dejando a un lado dignas excepciones, la fuente de estímulo durante estos veinte años ha fluido en una sola dirección. Por otra parte, si consideramos el desarrollo de los acontecimientos desde otro ángulo, nos sorprenderá la evidente convergencia de investigadores de distintas disciplinas hacia los problemas sociohistóricos. Los estudios sobre el milenarismo son un buen ejemplo de ello, ya que entre los escritores de estos temas encontramos hombres cuyo campo es la antropología, la sociología, la ciencia política, la historia, sin mencionar a los estudiantes de literatura y religión –pero no, que yo sepa, economistas–. También notamos el paso, al menos temporal, de hombres con otra formación intelectual a un tipo de trabajo que los historiadores considerarían histórico –como sucede con Charles Tilly y Neil Smelser que proceden de la sociología, Eric Wolf de la antropología y Everett Hagen y Sir John Hicks de la economía–.

Con todo, la segunda tendencia se considera tal vez más una conversión que una convergencia. No se debe olvidar nunca que si los científicos sociales ajenos a la historia han comenzado a plantear interrogantes propiamente históricos, y a pedir respuestas a los historiadores, es porque ellos mismos carecen de ellas. Y si éstos, en algunos casos, se han transformado en historiadores, es porque los miembros en activo de nuestra disciplina, con la notable excepción de los marxistas y de otros –no necesariamente *marxisants*– que participaban de una problemática similar, no han dado respuestas.[5] Es más, a pesar de que ya hay algún científico social procedente de otra

[5] La queja de Sir John Hicks es típica: "Mi 'teoría de la historia'... se hallará mucho más cerca de lo que Marx pretendía hacer... La mayoría [de los que creen que los historiadores pueden servirse de las ideas para ordenar su material, a fin de que el curso general de la historia cobre sentido]... utilizan las categorías de Marx, o alguna versión modificada de éstas; teniendo en cuenta lo poco con lo que contamos en la línea de una versión alternativa, no es asombroso que lo hagan. Continúa siendo sorprendente, no obstante, que cien años después de *Das Kapital,* tras un siglo de enorme desarrollo de las ciencias sociales, los resultados hayan sido tan magros". *A Theory of Economic History,* Oxford, 1969, págs. 2-3.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

disciplina que ha adquirido la suficiente experiencia en nuestro campo para imponer respeto, el número de los que se han limitado a utilizar unos cuantos conceptos burdos y mecánicos es todavía mayor. Por cada *Vendée* de un Tilly, existen –¡ay!– docenas de equivalentes a los *Stages* de Rostow. Dejo aparte a un gran número de aventureros que se han internado en los difíciles territorios de las fuentes históricas sin conocer los peligros con los que iban a tener que enfrentarse, o sin saber cómo podían evitarlos y superarlos. No se puede escribir la historia de la sociedad aplicando los exiguos modelos que nos proporcionan otras ciencias; es preciso construir otros nuevos (o, al menos –como dirían los marxistas– desarrollar los bosquejos existentes para que puedan servir de modelos).

Esto no es cierto, qué duda cabe, en lo que se refiere a técnicas y a métodos; aquí los historiadores son en gran medida claros deudores, y sistemáticamente lo serán, o deberían llegar a serlo, cada vez más. No tengo especial interés en analizar este aspecto concreto del problema de la historia de la sociedad, pero parece oportuno hacer una o dos consideraciones de paso. Dado el carácter de nuestras fuentes, es difícil hacer grandes avances, fuera de una combinación de hipótesis sugestivas y oportunas ilustraciones anecdóticas, sin técnicas para el descubrimiento, la clasificación estadística y el manejo de grandes cantidades de datos, más la ayuda, cuando sea necesaria, de la división del trabajo en la investigación y de los recursos tecnológicos que otras ciencias sociales han desarrollado desde hace muchos años. En el extremo opuesto, carecemos asimismo de las técnicas necesarias para la observación y el análisis a fondo de individuos concretos, grupos pequeños y situaciones, que también han sido utilizadas con anterioridad fuera de la historia y que pueden ser adaptables a nuestros propósitos –por ejemplo, las aportaciones de los antropólogos sociales, la entrevista en profundidad e incluso, tal vez, los métodos psicoanalíticos–. Cuando menos, todas estas técnicas pueden servir de estímulo para buscar otras similares adaptadas a nuestro campo, que acaso ayuden a explicar cuestiones impenetrables de otro modo.[6]

Estoy mucho más escéptico respecto a la posibilidad de convertir la historia social en una proyección hacia el pasado de la sociología y, de igual manera, la historia económica en teoría económica retrospectiva, ya que ninguna de las dos nos ofrece, por el momento, modelos o marcos analíticos útiles para el estudio de transformaciones socioeconómicas *históricas* a largo plazo. La verdad es que, si exceptuamos tendencias como el marxismo, el cuerpo principal del pensamiento de ambas disciplinas no se ha ocupado, o ni siquiera se ha interesado, en tales cambios. Es más, cabe argüir que, en los aspectos importantes, sus modelos analíticos han sido desarrollados de forma sismática, y con sumo provecho, a partir de la abstracción del cambio histórico. Y yo diría que esto es particularmente cierto en el caso de la sociología y la antropología social.

Es cierto que los padres fundadores de la sociología han mostrado una mente más histórica que la escuela principal de economía neoclásica (aunque no necesariamente más que la escuela original de economía política clásica), pero la suya es una ciencia menos evolucionada en conjunto. Stanley Hoffmann ha señalado con acierto la diferencia entre los "modelos" de los economistas y las "listas" de los sociólogos y antropólogos.[7] A lo mejor son algo más que simples listas. Dichas ciencias nos han facilitado

[6] Marc Ferro ofrece un muestrario de telegramas y resoluciones enviados a Petrogrado durante las primeras semanas de la revolución de 1917, que equivale sencillamente a una encuesta retrospectiva. Cabe dudar que se le hubiera ocurrido realizarlo de no haberse dado previamente un desarrollo de la investigación sobre la opinión pública con propósitos no históricos. M. Ferro, *La Révolution de 1917*, París, 1967.

[7] En el congreso sobre New Trends in History, Princeton, Nueva Jersey, mayo 1968.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

ciertas visiones, paradigmas de posibles estructuras compuestas de elementos diversamente variables y combinables, atisbos vagamente análogos al anillo de Kelulé vislumbrados desde lo alto de un autobús, pero con el inconveniente de que no son verificables. En el mejor de los casos, estos paradigmas funcional-estructurales pueden resultar a un tiempo elegantes y experimentalmente eficaces, al menos para algunos. En otro plano más modesto, es posible que nos proporcionen metáforas, conceptos o términos útiles (como *"role"*), y una ayuda eficaz en la ordenación de nuestro material.

Ahora bien, dejando aparte su deficiencia como modelos, se puede alegar que las construcciones teóricas de la sociología (o de la antropología social) han tenido un gran éxito al excluir la historia o, lo que es lo mismo, los cambios que se han dado en una dirección determinada.[8] En general, los paradigmas funcional-estructurales iluminan los aspectos que son comunes a las sociedades a pesar de sus diferencias, mientras que nuestro problema estriba en los que no lo son. No se trata de la luz que puedan arrojar sobre la sociedad moderna (o, por supuesto, sobre cualquier otra) las tribus amazónicas de Lévi-Strauss, sino de cómo la sociedad pasó de los hombres de las cavernas a la industrialización moderna o a la postindustrialización, y de que cambios sociales estuvieron relacionados con el progreso, le fueron necesarios, o emanaron de él. El problema no está, por poner otro ejemplo, en estudiar la constante necesidad que las sociedades han tenido de suministrarse alimentos produciéndolos o, por el contrario, adquiriéndolos, sino en lo que sucede cuando esta función, que masivamente habían realizado (desde la revolución del neolítico) las clases campesinas, representantes mayoritarias de sus sociedades, pasan a desempeñarla grupos pequeños de otros productores agrícolas, y es posible que llegue a ser ejecutada por medios no agrícolas. ¿Cómo sucede esto y por qué? Creo que ni la sociología ni la antropología social, por muy útiles que sean en determinados momentos, nos sirven hoy de guía.

Por otro lado, a la vez que me mantengo escéptico respecto a casi toda la teoría económica actual como marco de análisis histórico de las sociedades (y, por lo tanto, respecto a las pretensiones de la nueva historia económica), me inclino a pensar que la economía puede tener un valor importante para el historiador social. Pues se ve obligada a abordar lo que por naturaleza constituye un elemento dinámico de la historia, a saber, el proceso –o, en un sentido global y a largo plazo, el progreso– de la producción social. Y en la medida que lo hace, lleva incorporado, como Marx supo ver, un desarrollo histórico. Pongamos un caso sencillo: el concepto de "excedente económico", que el desaparecido Paul Baran revivió y utilizó con tan buenos resultados,[9] es evidentemente fundamental para cualquier historiador que se dedique a la evolución de las sociedades, y pienso que no sólo es más objetivo y fácil de concretar sino también, desde el punto de vista del análisis, más primario que, digamos, la dicotomía *Gemeinschaft-Gesellschaft.* Marx sabía, no cabe duda, que los modelos económicos no pueden, si quieren ser válidos para el análisis histórico, estar divorciados de las realidades sociales e institucionales, en las cuales se incluyen algunos tipos básicos de organizaciones comunales o de parentesco, por no mencionar las estructuras y los presupuestos específicos de las formaciones socioeconómicas concretas o de las culturas. No obstante, aunque por algo se considera a Marx uno de los más grandes

[8] No considero históricos recursos como los de "complejidad creciente" que se utilizan para insertar la idea de dirección en las sociedades. Aunque pueden, desde luego, ser ciertos.

[9] P. BARAN, *The Political Economy of Growth,* Nueva York, 1957, cap. 2. [*La política económica del crecimiento,* FCE, México, 1959].

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

padres fundadores del pensamiento sociológico moderno (tanto por su propia aportación como por la de sus seguidores y críticos), se da el hecho de que su trabajo intelectual de mayor enjundia, *Das Kapital,* adoptó la forma de una obra de análisis económico. No es preciso que estemos de acuerdo ni con sus conclusiones ni con su metodología, pero adoleceríamos de torpeza si nos negáramos a aceptar la práctica de un pensador que, más que ningún otro, ha definido o indicado un conjunto de cuestiones históricas hacia las cuales se ven impelidos los científicos sociales de hoy.

III

¿Cómo hemos de escribir la historia de la sociedad? Me resulta imposible dar una definición o un modelo de lo que entendemos por sociedad en este contexto, o elaborar siquiera una lista de los puntos que deseamos saber acerca de su historia. Y aun cuando pudiera hacerlo, no veo qué utilidad tendría. Sin embargo, quizá valga la pena colocar un pequeño y variado surtido de señales que dirijan o adviertan de los posibles peligros a los futuros exploradores.

(1) La historia de la sociedad es *historia,* es decir, en ella interviene el tiempo cronológico real como una de sus dimensiones. Nos interesan no sólo las estructuras y sus mecanismos de persistencia o cambio, las posibilidades y modelos generales de sus transformaciones, sino también los hechos ocurridos. Y si esto no se cumple, es que (como Fernand Braudel nos ha recordado en su artículo sobre "Historia y larga duración"[10]) no somos historiadores. La historia *Conjetural* tiene cabida en nuestra disciplina a pesar de que su principal valor consiste en ayudarnos a evaluar las posibilidades del presente y del futuro más que las del pasado, en cuyo caso la historia *comparativa* cumple ese papel, pero lo que debemos explicar es la historia real. El posible desarrollo o no desarrollo del capitalismo en la China imperial es importante en la medida en que nos sirve para comprender el hecho real de que este tipo de economía se desarrolló por completo, al menos inicialmente, en una, y sólo una, región del mundo. Esto, a su vez, puede ser contrastado de manera eficaz (de nuevo a la luz de los modelos generales) con la tendencia que tenían otros sistemas de relaciones sociales –por ejemplo, el sistema feudal considerado globalmente–, a progresar con mucha más frecuencia y en mayor número de zonas. La historia de la sociedad es, de este modo, una colaboración entre los modelos generales de la estructura social y de cambio y el conjunto de fenómenos que realmente tuvieron lugar. Esto es así cualquiera que sea la escala geográfica o cronológica de nuestras pesquisas.

(2) La historia de la sociedad es, entre otras cosas, la que trata con unidades específicas de gente que vive junta, y que son definibles en términos sociológicos. Es, al mismo tiempo, la historia de las sociedades y de la sociedad humana (a diferencia, pongamos por caso, de la de los simios y de las hormigas), o de ciertos tipos de sociedad y sus posibles relaciones (cuando se habla de sociedad "burguesa" y "pastoral"), o de la evolución general de la humanidad considerada en conjunto. Definir la sociedad en este sentido plantea serias dificultades incluso si damos por sentado que estamos definiendo una realidad objetiva, como parece probable, a no ser que rechacemos, por ilegítimas, afirmaciones del tipo "la sociedad japonesa de 1930 difería de la sociedad

[10] Para una versión inglesa de este importante artículo, véase *Social Science Information,* 9, febrero, 1970, págs. 145-74. ["La larga duración", *La Historia y las Ciencias Sociales,* Alianza, Madrid, 1968, pp. 60-106].

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Foto de Martin Chambi. Perú

Fiesta, Hacienda Angostura en Cuzco, hacia 1931

inglesa". Aun cuando eliminemos las confusiones entre los diferentes usos de la palabra "sociedad", nos enfrentamos a problemas porque: a) la extensión, la complejidad y el alcance de dichas unidades varía, por ejemplo, en diferentes períodos históricos y en distintas etapas de desarrollo, y b) lo que llamamos sociedad no es sino un conjunto de interrelaciones humanas entre varios de diversa escala y amplitud en los cuales las personas son clasificables o se clasifican a sí mismas, a menudo simultáneamente y con imbricaciones. En casos extremos, como las tribus de Nueva Guinea y el Amazonas, quizás estos conjuntos diversos puedan definir al mismo grupo de personas, aunque esto, en realidad, es bastante improbable. Lo cierto es que este grupo normalmente no es congruente ni con unidades sociológicas tan importantes como la de comunidad, ni con ciertos sistemas de relaciones más amplios de los cuales la sociedad forma parte, y que pueden resultarle funcionalmente esenciales (como las relaciones económicas) o no esenciales (como las culturales).

El cristianismo o el Islam existen y se reconocen por autoclasificaciones, pero, si bien puede que definan una *clase* de sociedades que comparten algunas características comunes, no son sociedades en el sentido en que utilizamos la palabra cuando nos referimos a los griegos o a la Suecia moderna. Por otro lado, mientras que en muchos aspectos Detroit y Cuzco forman hoy parte de un único sistema de relaciones funcionales (por ejemplo, del sistema económico), pocos las considerarían, desde el punto de vista sociológico, elementos de una misma sociedad. Tampoco contemplaríamos como

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

una sola las sociedades de los romanos o de la dinastía Han y la de los bárbaros que formaron parte, es evidente, de un sistema más amplio de interrelaciones con ellos. ¿Cómo definimos estas unidades? No es nada fácil decirlo, y aunque muchos de nosotros solucionemos –o evadamos– el problema recurriendo a algún criterio exterior: territorial, étnico, político, o similares, esto no siempre resulta satisfactorio. El problema es algo más que metodológico. Uno de los grandes temas de la historia de las sociedades modernas es su aumento en magnitud, en homogeneidad interna, o, al menos, en capacidad para centralizar y dirigir las relaciones sociales; el cambio de una estructura esencialmente pluralista a otra esencialmente unitaria. Cuando se trata de investigar esto, los problemas de definición se hacen muy difíciles, como muy bien sabe cualquier estudiante que se interese por la evolución de las sociedades nacionales o por los nacionalismos.

(3) La historia de las sociedades exige que establezcamos, si no un modelo formalizado y elaborado de tales estructuras, sí, al menos, un orden aproximado de prioridades de estudio y un presupuesto operativo de aquello que constituye el nexo central o el complejo de conexiones de nuestra materia; cierto es que todo ello implica un modelo. En realidad, todo historiador social parte de unos supuestos y mantiene unas prioridades. Siendo así, dudo que un historiador del siglo XVIII brasileño diera al catolicismo de esta sociedad prioridad analítica sobre la esclavitud, o que otro dedicado al siglo XIX en Gran Bretaña considerara el parentesco un vínculo social tan fundamental como en la Inglaterra anglosajona.

El consenso tácito de los historiadores parece haber impuesto un modelo operativo de este tipo, que es, con algunas variantes, bastante común. Se parte del contexto material e histórico, se continúa hacia las fuerzas y las técnicas de producción (la demografía aparece en algún espacio intermedio), y a través de la estructura de la economía consiguiente –división del trabajo, intercambio, acumulación, distribución del excedente, etc...–, se llega a las relaciones sociales que de aquí se desprenden. A continuación vendrían las instituciones y la imagen y el funcionamiento de la sociedad sobre los cuales éstas se apoyan. Así queda configurada la estructura social, cuyas características y detalles específicos, en tanto que derivan de otras fuentes, pueden determinarse después, previsiblemente a través del estudio comparativo. La práctica consiste, por lo tanto, en trabajar hacia fuera y hacia arriba a partir del proceso de producción social y su ámbito concreto. Los historiadores se sentirán tentados –justificadamente, desde mi punto de vista– a tomar una relación dada o un conjunto de relaciones como central y específico de la sociedad (o del tipo de sociedad) en cuestión, y a desarrollar el resto en torno a él (éste es el caso de las "relaciones de interdependencia" de Bloch en su *Feudal Society,* o posiblemente, cuando se trata de la sociedad industrial, y sin duda alguna, cuando se aborda su forma capitalista, el de las relaciones que resultan de la producción industrial). En la terminología francesa, la "estructura" ha de ser considerada desde la "coyuntura", aunque no se deben excluir con esta palabra otras formas y modelos de cambio histórico tal vez más relevantes. De nuevo, hay una tendencia a ver los movimientos económicos (en un sentido amplio) como la piedra angular de esta clase de análisis. Las tensiones a las que está sometida la sociedad en el proceso de cambio y transformación históricos le permiten, en suma, al historiador exponer (1) los mecanismos generales por los que las estructuras de la sociedad tienden, simultáneamente, a perder y restablecer su equilibrio, y (2) aquellos fenómenos que son, por tradición, temas de interés para los historiadores sociales, por ejemplo, la conciencia colectiva, los movimientos sociales, la dimensión social de las innovaciones intelectuales y culturales, etc...

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Mi propósito al resumir aquí lo que creo –acaso equivocadamente– constituye un plan de trabajo aceptado por la mayoría de los historiadores sociales, no es recomendarlo, aunque personalmente esté a su favor. Es, más bien, todo lo contrario: sugerir que intentemos hacer explícitos los presupuestos implícitos con los que operamos, y preguntarnos si este plan es, de hecho, el más idóneo para formular la naturaleza y la estructura de las sociedades y los mecanismos de sus transformaciones históricas (así como los de su estabilidad), o si otros con premisas diferentes pueden hacerse compatibles con él, incluso si deben ser preferidos, o sencillamente sobrepuestos para conseguir el equivalente histórico a los retratos de Picasso, que se nos muestran, al mismo tiempo, de frente y de perfil.

En definitiva, si como historiadores de la sociedad hemos de contribuir, en beneficio de todas las ciencias sociales, con la creación de modelos válidos de las dinámicas sociohistóricas, tendremos que conseguir una mayor unidad de nuestra práctica y nuestra teoría, lo cual probablemente signifique, a estas alturas, analizar en primer lugar lo que estamos haciendo, para generalizarlo y corregirlo, después, a la luz de los problemas que vayan surgiendo en investigaciones posteriores.

I V

Por consiguiente, antes de concluir, quisiera revisar la práctica concreta de la historia social en estos últimos diez o veinte años, a fin de ver el futuro que nos espera y los problemas que nos depara. Este proceder tiene la ventaja de que encaja tanto en las inclinaciones profesionales de un historiador como en lo poco que sabemos del progreso real de las ciencias. ¿Qué temas y qué cuestiones han acaparado la atención durante este período? ¿Cuáles son en este caso esas dificultades inherentes a todo comienzo? ¿Qué está haciendo la gente que merece interés? A pesar de que la respuesta a tales preguntas no agota el análisis, sin ellas no podemos llegar muy lejos. Pues el consenso de los que comparten este trabajo puede estar equivocado, o distorsionado por la moda o –como claramente sucede en el campo del estudio de los disturbios públicos– por el impacto de la política y las necesidades administrativas, pero si lo ignoramos, el riesgo es nuestro. El progreso de la ciencia no se ha debido tanto a un intento de definir perspectivas y programas *a priori* –de ser así tendríamos que estar ya curando el cáncer– como a una convergencia, obscura y a menudo simultánea, sobre las preguntas que valía la pena plantear y que, por encima de todo, estaban bastante maduras para hallar respuesta. Veamos entonces lo que ha estado sucediendo, al menos tal como lo refleja la mirada impresionista de un observador.

Antes que nada indicaré aquellos temas y cuestiones complejas en torno a los cuales se han agrupado la mayor parte de los estudios substanciales en esta disciplina durante los últimos diez o quince años:

(1) La demografía y el parentesco.
(2) Los estudios urbanos en tanto que entren en nuestro campo.
(3) Las clases y los grupos sociales.
(4) La historia de las "mentalidades" o la conciencia colectiva, o de la "cultura" en el sentido que le dan los antropólogos.
(5) La transformación de las sociedades (verbigracia, la modernización o la industrialización).

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

(6) Los movimientos sociales y los fenómenos de protesta social.

Los dos primeros grupos se pueden considerar por separado puesto que, al margen de la importancia que tenga la materia que los ocupa, ya se han institucionalizado como campos y poseen una organización, una metodología y un sistema de publicaciones propios. La demografía histórica es un área que ha experimentado un rápido y fructífero crecimiento, debido no tanto a los aspectos investigados, como a una innovación técnica (la reconstrucción de familias) que facilita unos resultados interesantes a partir de un material considerado hasta ahora poco dócil o agotado (los archivos parroquiales). De este modo, ha abierto una nueva gama de fuentes cuyas características, por su parte, han llevado a la formulación de preguntas. Para el historiador social, el gran valor de la demografía histórica estriba en la luz que arroja sobre ciertos aspectos de la estructura y la conducta familiar, sobre las curvas de vida de la población en diferentes períodos, y sobre los cambios intergeneracionales. Todo esto es importante, aunque esté limitado por la propia naturaleza de las fuentes –más limitado de lo que los entusiastas campeones de esta materia aceptan– y aunque resulte insuficiente cuando se trata de elaborar un marco de análisis de "El mundo que hemos perdido". No obstante, el papel fundamental de este campo no se pone en duda. Por otra parte, ha servido para estimular la utilización de técnicas estrictamente cuantitativas, y uno de sus efectos (o efectos secundarios) afortunados ha sido despertar en los historiadores sociales una preocupación por los problemas estructurales del parentesco, mayor que la que probablemente habrían mostrado de no haber existido tal estímulo, si bien no debería olvidarse a este respecto el modesto papel de la antropología. Por lo demás, su naturaleza y posibilidades han sido ya tan debatidas que parece innecesario incidir aquí en ellas.

La historia urbana posee asimismo una cierta unidad tecnológica. La ciudad suele ser de por sí una unidad geográficamente limitada y coherente, a menudo con una documentación específica e, incluso con mayor frecuencia, de una magnitud que se presta a la investigación a nivel de tesis. Por otro lado, refleja la urgencia de unos problemas urbanos que han llegado a ser progresivamente más importantes, o, desde luego, más dramáticos, en la planificación y la gestión social de las sociedades industriales modernas. La influencia de ambos factores tiende a hacer de la historia urbana un inmenso recipiente con contenidos poco definidos, heterogéneos y, a veces, indiscriminados. En él cabe cualquier cosa que se relacione con las ciudades. Sin embargo, está claro que plantea cuestiones de especial relevancia para la historia social, tanto más cuanto que la ciudad no puede constituir nunca un marco analítico para la macrohistoria económica (ya que ha de formar parte de un sistema económico más amplio), y, desde el punto de vista político, en muy raras ocasiones se presenta como una ciudad estado autónoma. Esencialmente, es un cuerpo de seres humanos que viven juntos de una manera concreta, y el proceso de urbanización característico de las sociedades modernas la convierte, por el momento, en la forma de vida compartida por la mayoría de los que la integran. Los problemas técnicos, sociales y políticos de la ciudad son fundamentalmente el resultado de las interacciones entre unas masas de seres humanos que viven en estrecha proximidad; incluso el pensamiento sobre la ciudad (dado que ésta no es un mero escenario del poder y la gloria de algunos gobernantes) se refleja en aquellas ideas con las que los hombres han tratado de expresar, desde el Libro de la Revelación, sus aspiraciones acerca de las comunidades humanas. Sin contar con que durante los últimos siglos ha sido, más que ninguna otra institución, fuente y espejo del rápido cambio social. No es necesario apuntar que el tropel de historiadores que se han sentido atraídos por los estudios urbanos es consciен-

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

te de ello.[11] Alguien podría decir que han ido tentando el camino hacia una visión de la historia urbana como paradigma del cambio social. Yo personalmente dudo que haya sido así, por lo menos hasta ahora. Dudo también que, en la actualidad, teniendo en cuenta la inmensa cantidad de trabajos en este campo, se hayan realizado muchos estudios globales sobre las grandes ciudades de la era industrial que sean dignos de admiración. No obstante, la historia urbana debe seguir teniendo un interés central para los historiadores de la sociedad, aunque sólo sea porque pone de manifiesto –o puede hacerlo– aquellos aspectos específicos de las estructuras y los cambios societarios hacia los que sociólogos y psicólogos sociales muestran una particular atención.

Los otros grupos sociales cohesivos aún no han sido institucionalizados, pero es probable que uno o dos se hallen cerca de serlo. La historia de las clases y los grupos sociales no ha nacido sino de una aceptación común: que no es posible comprender la sociedad en modo alguno sin entender los elementos principales de todas las sociedades cuyo pilar ha dejado de ser fundamentalmente el parentesco. En ningún otro terreno se ha avanzado de forma tan radical ni, dado el abandono de los historiadores en el pasado, tan necesaria. Una somerísima relación de las obras más notables de historia social ha de incluir a Lawrence Stone y la aristocracia isabelina, a E. Le Roy y los campesinos del Languedoc; a Edward Thompson y la formación de la clase obrera inglesa, a Adeline Daumard y la burguesía parisina... pero éstas no son más que cimas de una cadena montañosa que hoy es bastante imponente. Comparado con ellas, el estudio de grupos sociales más restringidos (por ejemplo, las profesiones) ha tenido menos transcendencia.

La novedad de esta empresa ha consistido en su ambición. Las clases, o relaciones de producción concretas como la esclavitud, están hoy siendo consideradas de manera sistemática sobre el plano de una sociedad dada, en comparaciones intersocietarias, o en cuanto formas generales de relación social. Además se están analizando en profundidad, lo cual significa que se tienen en cuenta todos los aspectos de su existencia, relaciones y comportamientos sociales. Esto es nuevo, y los éxitos son ya sorprendentes a pesar de que, si exceptuamos áreas de una actividad particularmente extensa como el caso del estudio comparativo de la esclavitud, el trabajo apenas ha comenzado. Con todo y con ello, pueden percibirse ciertas dificultades, y tal vez no esté fuera de lugar hacer un breve comentario sobre ellas.

(1) La cantidad y variedad del material para estos estudios es tan grande que la técnica artesana preindustrial de los viejos historiadores es sencillamente inadecuada. Requieren la cooperación de un grupo, y el uso de un moderno equipo técnico. Me atrevería a suponer que los gigantescos trabajos individuales servirán para distinguir las primeras fases de este tipo de investigación, pero darán paso, por una parte, a proyectos conjuntos (como el estudio de la clase obrera en Estocolmo durante el siglo XIX)[12] y, por la otra, a realizaciones periódicas de síntesis (que probablemente continuarán realizándose en solitario). Esto es evidente en el campo que mejor conozco, la historia de la clase obrera. Incluso la obra personal más ambiciosa –estoy pensando en la de E. P. Thompson– no es sino el retrato de un gran torso, a pesar de que aborda un período bastante corto. (Jürgen Kuczynski centra su estudio *Geschichte der Lage*

[11] Cfr. "De una visión más amplia de la historia urbana depende la posibilidad de convertir el proceso societario de urbanización en central para el estudio del cambio social. Hay que esforzarse por concebir la urbanización en términos que respondan realmente al concepto de cambio social". Eric LAMPARD en Oscar HANDLIN y John BURCHARD, *The Historians and the City,* Cambridge, Massachusetts, 1963, pág. 233.

[12] Este trabajo se está realizando bajo la dirección de Sven-Ulric Palme, catedrático de la Universidad de Estocolmo.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

der Arbeiter unter dem Kapitalismus, titánico como su título implica, sólo en ciertos aspectos de la clase obrera.)

(2) Los escollos técnicos con los que se encuentra son desalentadores hasta en aquellos casos en los que existe una claridad conceptual, sobre todo cuando se trata de medir el camino en el transcurso del tiempo (pongamos por caso las corrientes de entrada y salida en cualquier grupo social dado, o los cambios en los arrendamientos de campesinos). Si somos afortunados, dispondremos de fuentes que hagan factible o bien la deducción de tales cambios (por ejemplo, las genealogías que se han conservado de la aristocracia y la nobleza como grupo), o la elaboración de nuestro propio material de análisis (con los métodos de la demografía histórica, o el tipo de datos sobre los que se han basado los valiosos estudios sobre la burocracia china). ¿Pero qué cabe hacer con, digamos, las castas indias, que sabemos han sido otro marco de estos movimientos, presumiblemente intergeneracionales, y sobre las cuales es imposible, por el momento, hacer siquiera generalizaciones cuantitativas?

(3) El hecho de manejar conceptos todavía plantea dificultades más serias, a las cuales no siempre se han enfrentado los historiadores, y si ello no excluye la posibilidad de un buen trabajo (pues para ser un buen jinete y para reconocer un caballo no es preciso saber definirlo), sí que indica que hemos tardado en abordar las cuestiones más generales de estructura, relaciones y transformaciones sociales. Tales problemas, por su parte, dan lugar a otros técnicos (como puede ser el que la especificación de la pertenencia a una clase quizá varíe a lo largo del tiempo) y todo ello complica el estudio cuantitativo. Por otro lado, pone sobre el tapete la cualidad multidimensional de los grupos sociales. Existe, por ejemplo –y no pretendo abundar en ellos– la conocida dualidad marxiana del término de "clase". En cierto sentido, es un fenómeno común a toda la historia postribal, en otro, un producto de la moderna sociedad burguesa; puede tomarse casi como un producto analítico que sirve para aclarar fenómenos de otro modo inexplicables, o como un conjunto de personas que comparten una conciencia de grupo, bien sea por sí mismas, bien porque así las percibe otro grupo, o por ambas razones. Estos problemas de conciencia, a su vez, hacen reflexionar sobre el lenguaje de clase: el cambio constante y la superposición frecuente de los términos, a veces poco realistas, con que se hacen este tipo de clasificaciones coetáneas[13] sobre las que tan poco sabemos cuantitativamente. (Cabría esperar de los historiadores un examen detenido de los métodos y las preocupaciones de los antropólogos sociales al tiempo que realizan –como están haciendo L. Girard y un equipo de la Sorbona– un estudio sistemático y cuantitativo del vocabulario político.)[14]

Porque con la clase, también, hay una cuestión de grados. Mientras que el campesino del 18 Brumario de Marx es, por citar palabras de Theodore Shanin,[15] una "clase con un débil carácter de clase", su proletariado, en cambio, tiene "un carácter de clase" muy fuerte, máximo quizás. Existen, además, otros aspectos como el de su homogeneidad o heterogeneidad; o, lo que es lo mismo, de su definición con respecto a otros grupos y sus divisiones y estratificaciones internas. En general, hay un problema de relación entre las clasificaciones, que por fuerza son estáticas en cualquier momento

[13] Para las posibles discrepancias entre realidad y clasificación, véanse los análisis sobre las complejas jerarquías socio-raciales de la Latinoamérica colonial. Magnus MÖRNER, "The History of Race Relations in Latin America", en L. FONER y E. D. GENOVESE, *Slavery in the New World,* Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1969, pág. 221.

[14] Véase A. PROST, "Vocabulaire et typologie des familles politiques", *Cahiers de lexicologie,* xiv, 1969.

[15] T. SHANIN, "The Peasantry as a Political Factor", *Sociological Review,* 14, 1966, pág. 17.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Foto de Humphrey Spender

Centro Comercial, Portsmouth

dado, y de la realidad múltiple y variable que las subyace.

(4) Entre todas, la dificultad más seria puede muy bien ser la que nos conduce directamente a la historia de la sociedad en su conjunto. Una dificultad nacida del hecho de que la clase no define a un grupo de gente aislado, sino un sistema de relaciones, tanto verticales como horizontales. Es, así pues, una relación que se establece no sólo a partir de la distinción (o la similitud) y la distancia, sino de una función social cualitativamente distinta, de explotación, de dominación/sometimiento. Toda investigación sobre la clase debe, en consecuencia, extenderse al resto de la sociedad de la cual forma parte. Sin los esclavos y los sectores no esclavistas de la sociedad es imposible que lleguemos a comprender a quienes los poseían. Procedería argüir que para llegar a la autodefinición de las clases medias europeas del siglo XIX, eran esenciales la capacidad de ejercer un poder sobre las personas (sea, a través de la propiedad, sobre los sirvientes, sea, a través de la estructura patriarcal de la familia, sobre las esposas y los niños) y el no estar sometido a otro directo. De ahí que los estudios de la clase constituyan, salvo que se limiten a un aspecto deliberadamente restringido y parcial, análisis de la sociedad. Y, por consiguiente, aquellos que mayor impacto tienen, como el de Le Roy Ladurie, sobrepasan los límites de su título.

En suma, lo cierto es que la aproximación a la historia de la sociedad ha pasado durante los últimos años por un estudio de la clase en el sentido amplio del que hablamos.[16] Tanto si creemos que esto refleja una correcta percepción de la naturaleza

[16] La clase ha sido siempre la preocupación central de los historiadores sociales. Véase, por ejemplo, A. J. C. RUETER, *IX Congrés international des sciences historiques*, i, págs. 298-9.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

de las sociedades postribales, como si lo atribuimos a la influencia moderna de una historia *Masxisant,* las perspectivas futuras para este tipo de investigaciones parecen brillantes.

El interés reciente por la historia de las "mentalidades" señala de maneras diversas un camino, más directo incluso, hacia problemas metodológicos de central importancia en la historia social. La tradicional curiosidad por la "gente común" de muchos de los que se sentían atraídos hacia la historia social les ha servido en gran medida de estímulo. En su mayor parte, se ha ocupado de aquello que los individuos no han hecho explícito, lo que no ha sido documentado, lo obscuro, y esto, a menudo, es inseparable de sus movimientos sociales, o de los fenómenos más generales de comportamiento social, lo cual hoy, afortunadamente, supone un interés en los que no llegaron a formar parte de tales movimientos (por ejemplo, en el obrero conservador y en el socialista, tanto en el militante como en el pasivo).

Este hecho concreto ha animado a los historiadores a tratar la cultura de un modo esencialmente dinámico, superior al de estudios como los referentes a "la cultura de la pobreza" de los antropólogos, si bien no ajenos a la influencia de sus métodos y a la experiencia que les confiere su calidad de iniciadores. Los trabajos realizados han recogido no tanto un conjunto de creencias e ideas más o menos persistentes (sobre las que, por otra parte, se han desarrollado valiosas aportaciones, entre ellas, las de Alphonse Dupront),[17] cuanto un análisis de las ideas en acción y, sobre todo, en situaciones de tensión y crisis social; es el caso del *Grande Peur* de Georges Lefebvre, que ha inspirado numerosas obras. La naturaleza de las fuentes útiles a estos efectos en raras ocasiones ha favorecido la posibilidad de limitarse a un simple examen o exposición de hechos. Por el contrario, ha hecho inevitable, desde el principio, la construcción de modelos, es decir, la necesidad de encajar unos datos parciales y dispersos en unos sistemas coherentes sin los cuales tendrían un valor casi anecdótico. El criterio a seguir para tales modelos es, o debería ser, que los elementos queden ensamblados y sirvan de guía para alcanzar no sólo la naturaleza de la acción colectiva en situaciones sociales que pueden particularizarse, sino también sus límites.[18] El concepto de "economía moral" que Edward Thompson aplica a la Inglaterra preindustrial puede ser un caso, mi propio análisis del bandidaje social ha intentado basarse en otro distinto.

En tanto que estos sistemas de creencias y acciones son, o implican, imágenes de la sociedad en su conjunto (imágenes que pueden buscar, según se presente la ocasión, la continuidad de la misma o el cambio), y corresponden a ciertos aspectos de su realidad efectiva, nos acercan a lo que constituye la esencia de nuestro quehacer. En la medida en que los más acertados de estos trabajos han versado sobre sociedades tradicionales o basadas en la costumbre, aun cuando a veces las hayan considerado bajo el impacto de una transformación social, han tenido un alcance más limitado. Para un período que se caracterizó por una transformación constante, rápida y fundamental, y por una complejidad que alejó a la sociedad de la experiencia personal del individuo, e incluso de su comprensión conceptual, los modelos derivables de la historia de la cultura tienen probablemente un contacto cada vez menor con las realidades sociales.

[17] A. DUPRONT, "Problèmes et méthodes d'une histoire de la psychologie collective", *Annales: E. S. C.*, 16, enero-febrero, 1961, págs. 3-11.

[18] Con "quedar ensamblados" quiero decir establecer una relación sistemática entre aspectos diferentes, y a veces inconexos, del mismo fenómeno –por ejemplo, las creencias de la clásica burguesía liberal del siglo XIX en lo que se refiere a la libertad individual y a la estructura familiar patriarcal.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Es posible que éstos ni siquiera sean ya útiles para concebir el arquetipo de la sociedad moderna ("cómo debería ser la sociedad"). Pues un cambio básico producido por la revolución industrial en el campo del pensamiento social ha sido la substitución de un sistema que presuponía un orden permanente, y que es definible o ejemplificable en términos de un modelo social concreto, extraído normalmente de un pasado real o imaginario, por otro sistema de creencias apoyado en un *progreso* ininterrumpido hacia objetivos que sólo pueden ser determinados como *proceso.* Las culturas del pasado contaban con esos modelos específicos para medir sus propias sociedades, las culturas actuales únicamente disponen para ello de posibilidades. Con todo, la historia de las "mentalidades" ha servido para introducir en la historia algo análogo a la disciplina de los antropólogos sociales, y su utilidad dista mucho de estar agotada.

Creo que la rentabilidad de los numerosos estudios sobre el conflicto social, desde las revueltas hasta las revoluciones, precisa una valoración más profunda. La razón por la que éstas atraen a la investigación de hoy en día es evidente. No hay duda de que siempre dan un contorno dramático a aspectos cruciales de la estructura social, puesto que la tensión del momento los coloca al borde de la ruptura. Es más, el estudio de algunos grandes problemas no puede ser abordado sino en tales situaciones de erupción y a través de ellas, porque, además de poner al descubierto todo lo que normalmente está latente, amplían los fenómenos en beneficio del estudioso, al mismo tiempo que multiplicar –y ésta no es la menor de sus ventajas– nuestra documentación. Pensemos, si no, en cuánto de menos sabríamos sobre las ideas de aquellos que casi nunca o nunca suelen expresarse por escrito, a no ser por la impresionante explosión verbal característica de los períodos revolucionarios, de la cual dan testimonio montañas de panfletos, cartas, artículos y discursos, por no mencionar el cúmulo de declaraciones policiales, deposiciones, e informes generales. Cuán provechoso puede resultar el estudio de las grandes revoluciones y, en especial, el de las que ofrecen una buena documentación, lo pone de manifiesto la historiografía de la revolución francesa; posiblemente, ningún otro período de la misma brevedad haya acaparado tan gran y tan intenso interés sin que por ello los rendimientos visibles sean decrecientes, Pues ha constituido, y sigue constituyendo, un laboratorio perfecto para el historiador.[19]

El peligro que hay en este tipo de trabajos es la tentación de aislar un fenómeno de crisis abierta, del contexto más amplio de la sociedad sujeta a transformación. Y este peligro es posiblemente mayor cuando nos embarcamos en estudios comparativos, sobre todo si lo que nos impulsa es el deseo de solucionar problemas (tales como la forma de promover o frenar las revoluciones), lo cual no es un método muy efectivo ni en sociología ni en historia social. Intentar averiguar lo que hay de común en, digamos, las revueltas (por ejemplo, "la violencia") puede resultar trivial o incluso ilusorio, ya que existe la posibilidad de que estemos imponiendo a los fenómenos un criterio anacrónico: legal, político o de cualquier otro tipo, algo que los estudiosos de la delincuencia están aprendiendo a evitar. Lo mismo puede aplicarse a las revoluciones. Soy la última persona que desearía desanimar a los interesados en estos temas, no en vano he dedicado buena parte de mi tiempo profesional a ellos. Sin embargo, al estudiarlos, deberíamos definir de manera precisa el objetivo concreto de nuestro trabajo. En el caso de que sean las grandes transformaciones de la sociedad, acaso nos encontremos con que, paradójicamente, el valor de nuestro análisis de la revolución misma esté en proporción inversa a nuestra concentración en el momento puntual del

[19] Esperamos con ilusión el momento en que la Revolución Rusa nos ofrezca oportunidades similares en relación al siglo XX.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

conflicto. Existen aspectos de la revolución rusa, o de la historia humana, que es imposible descubrir a no ser que nos concentremos en el período comprendido entre marzo y noviembre de 1917 o en la posterior guerra civil, pero hay otros que no pueden aflorar de un tipo de estudio limitado a los breves períodos de crisis, a pesar de su gran dramatismo y significación.

Por otro lado, las revoluciones y otros temas similares (los movimientos sociales inclusive) pueden normalmente integrarse en un campo más amplio, que no sólo facilita, sino que hace necesaria, una comprensión de la estructura y las dinámicas sociales: aquello que se experimenta y describe como transformaciones a corto plazo, que abarca unas cuantas décadas o generaciones. Estamos trabajando, a un tiempo, con tramos cronológicos insertos en una escala de evolución o progreso, y con períodos históricos relativamente breves durante los cuales, como la propia expresión "revolución industrial" indica, la sociedad se reorienta y transforma. Dichos períodos pueden, desde luego, comprender grandes revoluciones políticas pero no estar cronológicamente delimitados por ellas. La popularidad de términos tan poco matizados históricamente como "modernización" o "industrialización" indica de algún modo una aprehensión de tales fenómenos.

Las dificultades de una empresa así son enormes, tal vez por esta razón no existen todavía estudios adecuados sobre ningún país de las revoluciones industriales de los siglos XVIII-XIX como procesos sociales, si bien ya disponemos de uno o dos excelentes trabajos regionales y locales: el de Rudolf Braun sobre la zona rural de Zurich y el de John Foster sobre Oldham a comienzos del siglo XIX.[20] A lo mejor hoy en día es practicable una aproximación a tales fenómenos no sólo desde la historia económica (que ha inspirado estudios de la revolución industrial), sino desde la ciencia política. Los que se han dedicado a investigar la prehistoria y la historia de la liberación colonial han tenido que enfrentarse, como es lógico, a estos problemas, aunque quizás su perspectiva haya sido excesivamente política. En los estudios africanos se han obtenido resultados muy fructíferos y, por otra parte, se han hecho esfuerzos recientes dignos de atención para aplicar este mismo enfoque a la India.[21] En consecuencia, la sociología y la ciencia políticas que abordan la modernización de las sociedades coloniales pueden proporcionarnos una ayuda útil.

La situación colonial (me refiero a las colonias *formales* adquiridas por conquista y con una administración directa) ofrece la ventaja analítica de que toda una sociedad, o grupo de sociedades, es claramente definido en contraste con una fuerza exterior, y sus diversos movimientos y cambios internos, así como sus reacciones al impacto rápido e incontrolable de esa fuerza, pueden ser observados y analizados en conjunto. Algunos factores que en otras sociedades son internos, u operan a través de una interacción gradual y compleja con elementos internos de dicha sociedad, cabe en este caso considerarlos a efectos prácticos y a corto plazo por completo externos, lo cual tiene una gran utilidad analítica. (Por supuesto, no ignoraremos las distorsiones de estas sociedades, debidas también a la colonización –que trunca, por poner un caso, su economía y jerarquía social– pero su interés no estriba en presuponer que la sociedad colonial es una réplica de la no colonial.)

---

[20] R. BRAUN, *Industrialisierung und Volksleben,* Erlenbach-Zurich, 1960; *Sozialer und Kultureller Wandel in einem ländlichen Industriegebiet... im 19. und 20. Jahrhundert,* Erlenbach-Zurich, 1965. J. O. FOSTER, *Class Struggle and the Industrial Revolution,* Londres, 1974.

[21] Eric Stokes, que trabaja en ello, es consciente de estar aplicando los resultados de estudios sobre la historia africana. E. STOKES, "Traditional Resistance Movements and Afro-Asian Nationalism: The Context of the 1857 Mutiny-Rebellion in India", *Past and Present,* 48, 1970.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Foto de Marc Riboud

Accra, Ghana, 1960

Existe otra ventaja tal vez más específica. Una de las preocupaciones básicas de los que se dedican a este campo ha sido el nacionalismo y el proceso de construcción de las naciones, y es posible que, en este aspecto, la situación colonial facilite un acercamiento mayor al modelo general. A pesar de que los historiadores todavía no lo han atacado de veras, el conjunto de fenómenos que pueden denominarse nacionalistas es decisivo para comprender la estructura y las dinámicas sociales de la era industrial, y parte del trabajo más interesante realizado en sociología política ha llegado a reconocerlo. El plan de investigación llevado a cabo por Stein Rokkan y Eric Allardt, entre otros, sobre ("Formación del centro, construcción de la nación y diversidad cultural") recoge algunos análisis muy interesantes.[22]

La "nación", una invención histórica de los últimos doscientos años, cuya inmensa significación práctica hace hoy casi innecesario cualquier tipo de comentario, plantea algunas cuestiones cruciales de la historia de la sociedad, a saber: el cambio en la escala de las sociedades, la transformación de unos sistemas sociales pluralistas, indirectamente vinculados, en otros unitarios y con vínculos directos (o la fusión de varias sociedades preexistentes en un sistema social más amplio), los factores que delimitan dichos sistemas (como los territoriales y políticos), y otras de igual envergadura. ¿Hasta qué punto esos límites responden a las necesidades objetivas impuestas por un desarrollo económico que, poniendo por caso el modelo de economía industrial del XIX, precisa el ámbito de un estado territorial de mayores o menores dimensiones en unas circunstancias dadas?[23] ¿En qué medida llevan esas necesidades automáticamente implícitos

[22] *Centre Formation, Nation-Building and Cultural Diversity: Report on a Symposium Organized by UNESCO* (borrador fotocopiado, s.f.). Este simposio tuvo lugar del 28 de agosto al 1 de septiembre de 1968.

[23] Aunque el capitalismo ha evolucionado como un sistema global de interacciones económicas, de hecho, las verdaderas unidades de su desarrollo han sido unidades político-territoriales –la economía británica, la francesa, la alemana, la de EE.UU.– lo cual puede ser debido a un accidente histórico pero, también (la cuestión queda en el aire), al papel indispensable del estado en el proceso económico, incluso en la época del más puro liberalismo económico.

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

no sólo el debilitamiento y la destrucción de estructuras sociales anteriores, sino grados concretos de simplificación, normalización y centralización (es decir, vínculos directos y excluyentes entre el "centro" y la "periferia", o mejor dicho, entre la "cúspide" y la "base")? ¿No será la "nación", en cierto modo, un intento de llenar el vacío dejado por el desmantelamiento de la comunidad y las estructuras sociales anteriores con una invención que sirva de engranaje o que cuando menos, proporcione los substitutos ideológicos necesarios para el mecanismo de lo que conscientemente se percibe como una comunidad o sociedad? (El concepto de "estado-nación" podría entonces combinar estos procesos objetivos y subjetivos.)

Las situaciones coloniales y excoloniales no constituyen por fuerza una base más adecuada para investigar este conjunto de cuestiones que la historia europea, pero si los historiadores de la Europa del siglo XIX y XX no las han abordado con seriedad y, por el contrario, se han mostrado hasta ahora bastante desconcertados ante ellas –los marxistas inclusive–, parece acertado pensar que la historia afroasiática reciente tal vez sea el punto de partida más práctico.

V

¿Qué avance ha supuesto para una historia de la sociedad la investigación de los últimos años? Permítaseme poner las cartas boca arriba. No puedo señalar ni un solo trabajo como ejemplo de la historia de la sociedad a la cual, creo, deberíamos aspirar. Marc Bloch nos ha ofrecido con *La Société féodale* una obra maestra, sin duda ejemplar, sobre la naturaleza de la estructura social, una obra que contempla un determinado tipo de sociedad y sus variantes reales y posibles, sirviéndose de un método comparativo cuyos peligros y ventajas –y son mucho mayores estas últimas– no me propongo analizar aquí. Marx ha bosquejado, o nos ha permitido esbozar, un modelo de tipología, transformación histórica a largo plazo y evolución de las sociedades que sigue siendo tremendamente poderoso, y tan adelantado para su época como los Prolegómenos de Ibn Khaldun, cuyo propio modelo, basado en la interacción de diferentes tipos de sociedades, ha dado también sus frutos, sobre todo en prehistoria, historia antigua y oriental. (Estoy pensando en los desaparecidos Gordon Childe y Owen Lattimore.) Recientemente, se han realizado progresos importantes para el estudio de algunas sociedades (en especial de las esclavistas americanas –los que se refieren a las de la antigüedad parecen estar en retroceso– y de aquellas que se apoyan en un gran cuerpo de campesinos cultivadores). Por otro lado, me da la impresión de que, hasta ahora, los esfuerzos para convertir una historia social global en síntesis populares o han tenido poco éxito o, con todos sus grandes méritos de los cuales el estímulo no es el menor, han pecado de esquemáticos y poco sólidos. La historia de la sociedad está aún en construcción. En este artículo he intentado exponer algunos de sus problemas, valorar parte de lo que se ha hecho, y mencionar, incidentalmente, algunas cuestiones que podrían beneficiarse de un estudio más denso. Pero cometería un error si antes de concluir no señalase la extraordinaria pujanza de este campo y mi satisfacción al respecto. Corren buenos tiempos para el historiador social. Ni siquiera aquellos de nosotros que nunca pretendimos darnos este nobre desearíamos hoy renunciar a él.

Traducción de M. Ferrandis Garrayo

This content downloaded from 148.206.159.132 on Wed, 23 Sep 2015 00:24:12 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions